

Carlos Vaz Ferreira, filósofo
LA VUELTA DE UN GRANDE
 Agustín Courtoisie

Dejó de usar galeras porque sus hijos se las quitaban del ropero para jugar en los senderos del jardín de la Quinta de Atahualpa: las ponían en hilera y saltaban sobre ellas, aplastándolas. Algo de eso hizo Carlos Vaz Ferreira con la filosofía: saltó en puntas de pie sobre las galeras del lenguaje ceremonioso y oscuro de los filósofos de los grandes sistemas. Creó una manera de pensar los problemas filosóficos, y los de la educación, la ciencia, el arte o la política, completamente original, y pionera en muchos sentidos. Reprocharle falta de tecnicismo sería como quejarse de las máquinas voladoras de Leonardo da Vinci, al compararlas con un Boeing –una objeción algo precaria en boca de filósofos que no saben volar–.

Los cincuenta años de su desaparición física se prestan mucho para los discursos de circunstancia, tanto como para los ninguneos displicentes de la academia, entretenida con los últimos bizantinismos de moda. La decisión de las autoridades de gobierno de homenajear en el Día del Patrimonio y durante todo el año 2008 al autor de *Lógica viva*, y las actividades previstas por numerosas instituciones culturales y educativas no estatales, deberían dejar a un lado aquellos dos extremos retóricos. Y deberían permitir celebrar la genialidad de este montevideano que pensó con cabeza propia, desde fines del siglo XIX, hasta pasada la mitad del siglo XX.

El reloj de oro

Cuenta Matilde Muñoz de Petit que en casa de un familiar solía ver a “*dos niños, un varón y una niña, menor que aquél, que leían sin moverse a la sombra de un árbol*”. Se trataba de Carlos (*Quele*) y María Eugenia (*Pel*) Vaz Ferreira. Sus padres eran la uruguaya Belén Ribeiro y el comerciante portugués Manuel Vaz Ferreira, muerto en Brasil en 1894, en circunstancias nunca bien aclaradas. En adelante, Carlos se haría cargo de su madre y su hermana, sin abandonar sus estudios.

“*Sus compañeros lo recuerdan en el primer año de vida universitaria hosco, huraño, silencioso y desconfiado. Todos lo miraban con cierta antipatía. Pero esto duró poco*” –relata su amigo Juan Andrés Ramírez–. “*No había terminado el año sin que Vaz Ferreira se impusiera a todos sus compañeros por las condiciones incomparables de su inteligencia y de su carácter*”. El mismo testigo observa su aversión por la historia, como disciplina, y el peligro que podría suponer en un futuro el rechazo de su amigo ante las emociones políticas que cruzaban el Uruguay de fines del siglo XIX. Según Ramírez, el riesgo no lo correría Vaz Ferreira, cuyo talento y su sensibilidad lo preservaban del torremarfilismo, pero sí podrían padecerlo sus simpatizantes. En cuanto a la historia, años más tarde afirmaría que “*tiende a eliminar a los hombres que sienten todos los sentimientos, todos los ideales, y cuya acción entonces es menos simétrica y menos descriptible... tiende a agrandar a los hombres de ideal y de acción más unilateral. Ni la opinión ni la historia registran ni valoran mucho de lo mejor de los hombres mejores, que está en todo lo que en sí mismos contuvieron o reprimieron, en todos los impulsos que dominaron, en todos los errores, faltas, a veces crímenes, que fueron capaces de no cometer*”.

A los veinte años, publica “*Pensamientos*”, bajo el seudónimo de *Docteur Pascal*, en

Las Primeras Ideas. Algunos de sus compañeros de estudios eran José Pedro Varela (hijo), Horacio García Lagos, Celedonio Nin y Silva, y Domingo Arena. Su padre, que se había ido al Brasil procurando rehacer fortuna, le explica en una carta que han quebrado bancos, y que él y sus amigos están en la calle. Pero no olvida felicitarlo por sus exámenes y decirle que se alegra de que su hijo se haya curado de la viruela.

En 1894, Carlos continúa con la escritura de “*Cuentos intelectuales*”. Algunos conceptos de sus obras posteriores ya están contenidos en aquellos textos juveniles.

En “*Dejado por un filósofo*”, un anciano afirma haber poseído "el genio absoluto" a pesar de lo cual morirá en el anonimato. El protagonista se había acostumbrado a imaginar, cuando pensaba, a dos personas que discutían, sosteniendo alternativamente sus opiniones contrarias. Cortar esa discusión internalizada, suprimiendo la respuesta de una de ellas, le provocaba un verdadero dolor, dada su imaginación poderosa: "*Pensé una vez para evitar esto, publicar sobre cada asunto, dos obras simultáneas, sosteniendo una opinión en cada una de ellas. Pero la dificultad era la misma. ¿Dónde detenerme? ¿Cómo dejar en pie los últimos argumentos, cuando estaba en mi mano probar su falsedad? Así es que no he escrito nada. Anciano ya, y al borde de la tumba, me encuentro al fin de mi carrera desconocido y sin nombre*".

En “*Carlos Herrera*”, un escritor talentoso, y librepensador, defiende a propósito ideas religiosas anticuadas, para lograr que se termine rechazándolas. Ese relato de Vaz, al igual que *Cuentos para niños futuros*, parece anticipar los ingeniosos argumentos que Jorge Luis Borges hizo célebres muchos años después. Por su parte, otro texto, insinúa la existencia de una dimensión psíquica algo inquietante, a la que Vaz denomina *Ultra*, muchos antes de que Freud elaborara sus hipótesis acerca del psiquismo inconsciente.

En ese mismo año, la vida le fue menos grata que la creación literaria. Muere su padre y Carlos viaja a San Pablo. Según relata Matilde Vaz Ferreira de Durruty, una de sus hijas, “*cuando llegó a Brasil, su padre ya había fallecido*”. “*Nada encontró que le aclarara el final. Se le entregó a mi padre un reloj de oro que siempre conservó. No pudo saber ni siquiera dónde habían sepultado a su padre*”. La situación de la familia se hace muy difícil a partir de entonces, pese a que en 1895 es nombrado Catedrático sustituto de Filosofía. De su padre, hombre con inquietudes intelectuales, quedará la nostalgia de los libros de Guerra Junqueiro, las cartas, el reloj de oro, y el orgullo de unos libros salvados del incendio, de los tiempos en que funcionaba un almacén en la planta baja de la casa montevideana.

Pensar para la paz

En 1897, mientras el país entero se agitaba por la insurrección de Aparicio Saravia y Diego Lamas, el asesinato de Idiarte Borda y la llegada de Cuestas a la presidencia de la República, por iniciativa de Vaz Ferreira se crea el primer laboratorio de psicología experimental en América latina. En 1899 conoce a Elvira Raimondi Bianchi, la que será poco después su esposa, y “*por quien para mí, no todo lo real fue dolor, y no todo lo ideal fue sueño*”, según la dedicatoria de *Fermentario* (1938).

En 1900, con 28 años, ingresa a la Dirección de Instrucción Primaria, con un sueldo de \$80. Entonces decide casarse, tomando por sorpresa a familiares y allegados, y se instala en el barrio Atahualpa –al año siguiente nacerá el primero de sus ocho hijos–. En el Uruguay, José Enrique Rodó publica *Ariel*, y su amigo Roberto de las Carreras, *Sueño de Oriente*. En el mundo, ocurren dos singulares hitos para la cultura: Sigmund Freud, publica *La interpretación de los sueños*, y muere Friedrich Nietzsche.

En el mismo año en que se recibe de abogado, 1903, Vaz publica la primera parte de *Los problemas de la libertad*, además de varios importantes artículos sobre pedagogía, y de presentar por primera vez su proyecto sobre parques escolares, que buscaba educar a los niños en medio de la naturaleza siempre, y no como esporádico paseo.

Por entonces Batlle y Ordóñez es electo presidente y el Partido Nacional se levanta en armas. Al año siguiente, 1904, Aparicio Saravia muere en Masoller, y llega la Paz de Aceguá. También en ese año Emilio Frugoni funda el “Centro Carlos Marx” y Vaz Ferreira asume como Decano de Preparatorias de la Universidad de Montevideo, desde donde combatirá los exámenes: “*Hay dos maneras de estudiar: estudiar para comprender, y estudiar para recordar. Cuando se estudia para comprender, quedará recuerdo; y cuando se estudia para recordar, se comprende en cierto grado. Es la diferencia entre dos actitudes, de las cuales una es mejor que la otra. La preparación para los exámenes estimula o provoca la menos buena: estudiar para recordar*”.

La primera versión de uno de sus libros más “técnicos”, *Los problemas de la libertad*, aparece en 1907. Son los tiempos del comienzo de su amistad a la distancia con Miguel de Unamuno. El filósofo vasco le agradece el envío de *Ideas y observaciones* (1905): “*Cuente como con un amigo con Miguel de Unamuno de quien con su libro ha ganado la simpatía intelectual*”. Al año siguiente le llega el turno a *Carlos Vaz Ferreira I*, que daría origen a *Conocimiento y acción* (1908) y luego sería continuado por *Fermentario* treinta años después. Uno de los textos que lo componen surge de los comentarios hechos sobre las mismas páginas –como si fuera un block de apuntes–, de un libro de William James, autor que admiraba profundamente: *En los márgenes de ‘La experiencia religiosa’ de William James*.

En 1909, publica *Moral para intelectuales*, ocupándose de lo que luego se denominaría ética aplicada: moral de periodistas, de médicos, de abogados. Contrariamente a lo que podría insinuar el título, Vaz procuraba no irse por las nubes, y comenta así su libro, surgido de conferencias como la mayoría de sus obras: “*Me refiero a la relación entre la manera de moralizar y la conducta, comparando dos tipos de hombres a globos, de los cuales unos subieran sin barquilla y otros con ella. El globo que sube sin barquilla subirá muy alto, sin que eso tenga valor ninguno, porque deja el peso en el suelo. Lo que tiene valor es subir todo lo que se pueda, levantando la carga; que la moral se eleve todo lo alto posible, levantando la conducta*”.

En 1910, con apenas 38 años, publica *Lógica viva*, una de sus obras fundamentales. Investigadores como Jorge Liberati, Javier Sasso y Eduardo Piacenza, y por supuesto, Arturo Ardao, han coincidido en afirmar que Vaz se adelanta varias décadas a los desarrollos de la “filosofía analítica” y la “lógica informal”. Por su parte, Manuel Claps ha recordado con mucha perspicacia que los años de formación de Vaz Ferreira coinciden con largos períodos de crisis y de inestabilidad económica y política en el Uruguay. Nuestro pensador trataba de mantenerse alejado de las cruentas luchas que conmovían al país, pero “*la intolerancia, el fanatismo, la ausencia de ideales o la oposición intransigente de los mismos llega al ambiente de la universidad, separando a hombres que merecían estimarse*”. En ese ambiente, según Claps, es que se origina su afán de conciliar y evitar los conflictos innecesarios, y de buscar “*lo complementario en lo que aparece contradictorio, sin ceder, por supuesto, en las cuestiones de principio*”. Su perpetuo llamado a la convivencia civilizada es expresado en forma explícita en sus conferencias sobre problemas sociales y políticos –no en vano contempló con horror, en su juventud, las guerras fratricidas de los partidos tradicionales, y en su madurez, la guerra civil española y las dos grandes guerras mundiales–. Pero esos ideales

anidan también en *Lógica viva*, bajo su preocupación acerca de los errores que se cometen al discutir.

Vaz Ferreira no se refugia en la torre de marfil de la “psico-lógica”, y en su refinada manera de exponer acerca de los errores tal cual se presentan en la vida cotidiana, y no como se preparan en los manuales. O en las sutilezas de las insuficiencias del lenguaje para expresar el pensamiento. Tampoco se dejó llevar por la comodidad que podía generarle su ya consolidado prestigio intelectual. Prueba de todo ello es que Vaz Ferreira rechazó ocupar un lugar en una lista como candidato a diputado del Partido Colorado. Por el contrario, integró una coalición liberal-socialista con menores probabilidades de éxito, en una lista que encabezarían Pedro Díaz y Emilio Frugoni –Vaz intentó participar activamente, pues, en la vida política, contra los preocupados pronósticos de su amigo Juan Andrés Ramírez–. Según su hija Sara Vaz Ferreira de Echevarría: *"Hace ya mucho tiempo, al final de un banquete, al ofrecérselo a su viejo, buen amigo Dr. Emilio Frugoni, líder en aquel entonces del socialismo uruguayo, Vaz Ferreira le dijo más o menos lo siguiente: «No comparto totalmente sus ideas, pero hace 20 años que lo voto y pienso seguirlo votando»"*.

La cuestión de las posibles tensiones entre el Vaz Ferreira pensador teórico y el generador de proyectos transformadores, no tiene mucho sentido. Ambas tendencias corrieron siempre en paralelo, o mejor aún, en un sentido profundo pertenecieron siempre a una misma dimensión, y cuando mucho, a lo largo del tiempo variaron los énfasis. Por ejemplo, Arturo Ardao señaló el notable paralelismo vital e intelectual entre Bertrand Russell y Carlos Vaz Ferreira. Eso quizás ayude a plantear mejor la pretendida dicotomía. Nacidos en 1872 (Russell y Vaz Ferreira), ambos producen sus obras de plenitud hacia 1910 y son atraídos por los mismos grandes problemas de las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje. Resultan muy afines sus respectivas críticas al pragmatismo –las conferencias de Vaz son de 1908, la publicación de Russell de 1909–. También el hecho de que después de 1914 pasan a ocupar un primer plano en la bibliografía de uno y otro los temas sociales, políticos, educativos, éticos, y que tanto Russell como Vaz Ferreira se consideraban herederos de John Stuart Mill, autor del ineludible ensayo *Sobre la libertad*.

En realidad, mucho antes de 1914 Carlos Vaz Ferreira había presentado su proyecto de parques escolares y dado a luz sus conceptos pedagógicos fundamentales. Y ya en 1913 se había creado la “Cátedra especial de Enseñanza Superior” y Vaz Ferreira designado como su Maestro de Conferencias. Por otra parte, se trata del mismo año en que Vaz se opone al proyecto de un ejecutivo colegiado propuesto por Batlle y Ordóñez, y se aprueba la ley de divorcio por la sola voluntad de la mujer, inspirada en las ideas del filósofo y presentada por el diputado Domingo Arena. En otras palabras, la sugerencia de Ardao sin duda es útil como criterio ordenador, pero a condición de que no excluya recordar que ni lo especulativo –que se necesita para vivir mejor tanto como lo francamente pragmático –, ni lo pedagógico, se alejaron jamás del horizonte de la meditación vazferreireana.

Por ejemplo, en 1915, dicta numerosas conferencias, entre ellas las dedicadas a dos de sus filósofos favoritos: Federico Nietzsche y Henri Bergson. También los filósofos se ocupaban de Vaz Ferreira: Miguel de Unamuno vuelve a referirse al filósofo montevideano en *La Nación* de Buenos Aires con estas palabras: *“Vaz Ferreira, Rodó y Zorrilla de San Martín constituyen una terna que honraría a cualquier país culto”*. Y en carta a José María Salaverría, más sinceramente agrega: *“No conozco sino un hombre de veras sólido (en Sud América), y él, uruguayo. No, Rodó no. Es artificial y rebuscado. Es Vaz Ferreira”*.

Un compatriota, a su vez, Washington Lockhart, dijo en *El mundo no es absurdo* que Vaz Ferreira era ante todo un “predicador”, sin negar, desde luego, las excelencias de su

desempeño en muchos otros terrenos. La sentencia debe tenerse muy en cuenta al observar que, en 1918, sus conferencias empiezan a dictarse en el paraninfo de la Universidad, dado el numeroso público que se acercaba a escuchar su consejo, su guía ecuánime y llena de bonhomía, acerca de los más variados asuntos. Quizás no sea casualidad que entre 1918 y 1922 publique sus libros más sensibles con los problemas sociales y educativos. Por ejemplo, en *Sobre la propiedad de la tierra* (1918), luego de analizar distintas teorías y autores, realiza su propuesta de asignación de “*tierra de habitación*” para todos los uruguayos –diferente de la “*tierra de producción*”–, “*sin pagar precio ni permiso*”. En *Lecciones sobre Pedagogía y cuestiones de enseñanza* (1918), discurre sobre los fines de la enseñanza secundaria, sin descuidar cuestiones de detalle (como, por ejemplo, el papel de las discusiones en clase). En *Sobre los problemas sociales* (1922), plantea conciliar la libertad con la igualdad. Según nuestro autor se trata de encontrar una fórmula que asegure un mínimo a todos para subsistir, dejando librado el resto a la libertad. En sus palabras: “*todas las cuestiones sociables son discutibles, y en todas cabe argumentar. En esos casos, tiendan ustedes a tener confianza en los sentimientos de humanidad, de simpatía y de piedad, y, en las soluciones de libertad*”.

Destierro, dolor y guerra

En 1924, reafirma su postura liberal frente el destierro de Miguel de Unamuno a través de un telegrama dirigido al directorio militar de España: “*Cerrar Ateneos, desterrar a Unamuno es decisivo. Todos los países de América seremos Ateneos, todos los escritores de América hablaremos por Unamuno. Los hijos americanos de España, que la amamos tanto, exhortamos a Uds. a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por ustedes a quienes en este momento los toma la historia y no tendrán después salvación*”.

Las crisis lejanas se completaban con las tragedias cercanas. Según Sara Vaz Ferreira de Echevarría, la muerte de su hermana María Eugenia lo afectó tanto, que “*no quiso entrar nunca más en la habitación donde fue velada ni pronunció más su nombre*”. Esther de Cáceres relata que Vaz “*reaccionó violentamente*” cuando le propuso una segunda edición de *La isla de los Cánticos*. “*No podía de ninguna manera pensarse en esa edición; había que respetar estrictamente la voluntad de María Eugenia. Yo le aseguraba que el libro aparecería exactamente igual al de la edición primera. Él, agitadísimo, recordaba casos en que los editores no eran fieles... ¡Podría hasta cambiarse un signo! Y sorpresivamente me dijo: ‘Si ese libro aparece, tendré que suicidarme’. Sólo después de muchos años accedió a que yo cuidase la edición aparecida en la Biblioteca de Clásicos Uruguayos*”. Al año siguiente la mala suerte vuelve a pegar duro: muere su madre, Belén Ribeiro.

La entrevista con Albert Einstein en su visita a Montevideo (1925) dio lugar a interpretaciones de diferente verosimilitud. Hay elementos firmes que indican que el célebre hombre de ciencia no consideró el encuentro como algo meramente protocolar y, al mismo tiempo, que no lograron ponerse de acuerdo pese al evidente interés mutuo. Por ejemplo, poco después del encuentro, Einstein le envía a Vaz Ferreira una carta donde argumenta en contra de la crítica del montevideano al pragmatismo de William James, prolongando lo que debió ser la discusión civilizada pero intensa en Montevideo, en torno de tópicos filosóficos y científicos. ¿Por qué tomarse el trabajo de escribir una carta de cuatro carillas en francés para proseguir un enfrentamiento con alguien que no interesa demasiado? Por otra parte, no hay por qué entender como un gesto de admiración ampulosa las en realidad enigmáticas dedicatorias de Vaz en dos ejemplares de sus libros destinados a Einstein. Sea por la razón

que fuere, las dos obras de Vaz no viajaron con el ilustre visitante sino que quedaron en casa de su común amigo Naum Rossenblatt, donde Einstein se había alojado. Las dedicatorias pueden ser leídas en una clave de involuntaria ironía: “*A Albert Einstein, allá arriba*”, y “*A Albert Einstein, incluso el ser humano*”. Ambas podrían ser consideradas como una respuesta a la interrogante de Einstein cuando en la Plaza Artola le preguntó por su formación, y Vaz Ferreira explicó como pudo su condición de abogado interesado por múltiples temas. “*Es preciso continuar*”, le respondió Einstein, consejo que apenó mucho a Vaz según el testimonio de su hija Sara.

El imprescindible trasfondo para comprender episodios similares es bosquejar mínimamente el carácter de Vaz Ferreira. Esther de Cáceres ha dicho, por ejemplo, que poseía “*un carácter fuerte e indomable*”. Y agregaba: “*no he conocido ningún ser en que se concierten de modo tan extraño y subido la dulzura y la acerada firmeza*”. Miguel Andreoli ha insistido, pensando en el tono que colorea toda su obra, en la figura de una “*conciencia desdichada*”. Sin embargo, su hija Matilde sostiene en *Recuerdos de mi padre*: “*Aunque se asegura que los filósofos son tristes, nosotros jamás notamos que nuestro padre meditara o tuviera problemas cuando éramos pequeños... Constituía un himno cristalino a la existencia... Mi padre pasaba por alto la mayor parte de los contrastes y las injusticias, para arraigar afianzado en cada manifestación diaria, con renacido desvelo, entusiasmo, curiosidad, esperanza...*”. Sin embargo, sus manías y hasta sus supersticiones, o su dureza con personalidades de la talla de un Joaquín Torres García –tratándose a todos los demás efectos de un hombre eminentemente racional–, hoy parecen increíbles.

El año 1927 trajo más contrariedades. Ante la oposición del Consejo de Enseñanza Primaria fracasa el proyecto de los parques escolares, pese a los apoyos del Ministro de Instrucción Pública, y de la Federación Magisterial Uruguaya. Incluso el Ministerio de Obras Públicas edita el *Proyecto de los parques escolares*, como contribución del Tercer Congreso Panamericano de Arquitectos. Lo único que parece constante es la familia, y los demás afectos concretos. Un grupo de amigos y seguidores se reúne en torno de Vaz Ferreira: Emilio Oribe, Clemente Estable, Luis Gil Salguero, Julio y José Paladino, Carlos Benvenuto, entre otros. También Felisberto Hernández, Esther de Cáceres y Reina Reyes fueron devotos admiradores de Vaz Ferreira. Pero no parecen alcanzar los amigos, ni su designación como Rector de la Universidad para impedir que se sumerja en 1929, a los 57 años de edad, en su primera crisis psíquica grave. Ese año abandona todos sus cargos. Recién en 1932 renuncia a la jubilación, y pide la cátedra de conferencias para volver a trabajar como siempre.

En 1933 se pronuncia contra el quiebre institucional y publica *Sobre feminismo*. En 1935, sobrevienen medidas represivas y clausura de periódicos. El caudillo Basilio Muñoz se levanta pero es derrotado. Con 63 años, Vaz Ferreira es nombrado Rector de la Universidad por unanimidad. El discurso de Frugoni muestra el alcance que tenía entonces su figura: “*Nosotros rodeamos el nombre de Vaz Ferreira como una bandera, la más prestigiosa que podíamos elegir, para marchar tras ella en una afirmación rotunda de dignidad cívica, frente a las fuerzas oscuras que se aprestaban a traer una nueva carga a fondo a los fueros tradicionales de la autonomía universitaria*”.

Siempre resulta sugerente recordar los cruces de hechos en el tiempo. Ese año muere Carlos Gardel. Al año siguiente, 1936, Charles Chaplin estrena *Tiempos modernos*. Muere don Miguel de Unamuno.

El franquismo triunfa en España y eso supone otro revés para el pensador montevideano que simpatizaba con la República. En 1939 comienza la Segunda Guerra Mundial, y en 1940 con 68 años, vuelve a hundirse en su dolor psíquico, vinculado en parte

con la guerra. La creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias (1945) a partir de sus proyectos de décadas anteriores, y el ejercicio de sus responsabilidades en ella, le permitirán distraerse de uno de sus más punzantes dolores: la muerte de su esposa Elvira Raimondi (1946). Al cumplir sus 80 años, es homenajeado en el Parlamento y vuelto a nombrar Decano de la Facultad de Humanidades. En 1957, la Cámara de Representantes resuelve editar sus obras.

En diciembre padece serios problemas respiratorios. Le dice al sacerdote amigo que lo visita: *“La gente dirá al verlo salir que al fin creo en Dios, pero no puedo”*. En los primeros días de enero de 1958, fallece a los 85 años.

En la misma dirección

No importan los años de su ausencia, lo que debería celebrarse es la reaparición de Carlos Vaz Ferreira en el escenario de la cultura del Uruguay. En primer lugar, por su legado de pensar haciendo, y de hacer pensando. Eso involucra una peculiar actitud desde el primer momento: la frescura de saber “pensar en los márgenes”. Sea esto dicho en el sentido de pensar en uno de los márgenes del planeta, donde tenemos el derecho de hacer filosofía y hasta el deber de hacerla. Y el de pensar en los márgenes en sentido literal: el de acompañar la lectura escribiendo al costado de las páginas de los más grandes filósofos contemporáneos, tratándolos de igual a igual.

En una oportuna nota reciente (*“Entre la vigencia y la penumbra”*, Brecha, 4/4/08) Aníbal Corti sostiene que a Vaz Ferreira le ocurre lo mismo que a John Dewey. Ambos supieron capturar una época de sus respectivas sociedades. El hecho es que en algún recodo del camino dejó de considerárselos tan buenos como se los había juzgado en un principio. La diferencia reside en que Dewey, décadas después de desaparecido del escenario filosófico, tuvo a un Richard Rorty como intérprete audaz, que reubicó al maestro sin repetirlo. Según el autor del artículo, a Vaz Ferreira todavía no le habría llegado la hora de su Richard Rorty.

Si de eso se trata, brinda esperanzas el hecho de que Alejandro Michelena se haya permitido comparar a Vaz Ferreira con Krishnamurti y hasta con el budismo zen, y haya señalado agudamente los peligros que siempre involucró la *“condición coloquial”* del discurso de Vaz. Según Michelena: *“Se ha dicho que realizó una reflexión basada en el sentido común. [Sin embargo] su verdadera prédica atacó el convencionalismo del lenguaje, y con él nada menos que el corazón del tan ponderado ‘sentido’. El equívoco estuvo en confundir su vocación por lo concreto, por los ejemplos cotidianos, y su desconfianza en las grandes palabras y en las ideas demasiado volátiles, con ‘sentido común’. Si hubo entre nosotros alguien que haya desmontado con pericia de entomólogo este concepto confuso y abstracto como pocos, fue justamente Vaz Ferreira”*. (*“Un filosofar sin pretensiones absolutas”*, Brecha, 2/2/08).

Entretanto, basta pensar los motivos por los cuales Carlos Quijano, fundador del semanario *Marcha*, en 1964 recomendaba enfáticamente volver a Vaz Ferreira y a Rodó: *“Después de haber andado tanto, debemos reconocer que hemos vuelto, sin quererlo ni buscarlo, a los mentores de nuestra adolescencia. A Rodó que nos enseñó a reverenciar a los que nos vencerán con honor en los otros. A Vaz Ferreira que nos enseñó a desconfiar del espíritu de sistema y de las verdades acuñadas”*.

Al igual que ocurre con otros próceres de la historia y la cultura, de los grandes hombres no importa tanto dónde llegaron, sino, mucho más, seguir mirando en la dirección en que ellos miraban.

Fuente:

Courtoisie, Agustín, “*Carlos Vaz Ferreira (1872-1958). La vuelta de un grande*”, nota de tapa de El País Cultural, Montevideo, 23/5/2008.